

SORPRESA EN TELEVISION: "LA MUERTE DEL PRESIDENTE"

DIEGO GALAN

DIVERSOS medios de información (entre ellos los que TRIUNFO consulta) dieron como válida la noticia de que la película programada por "La Clave" para el sábado 21 correspondía a una de aquellas alucinantes coproducciones hispano-italianas ambientadas en el Oeste norteamericano y que tanto proliferaron en los primeros años setenta (1). Sin embargo, "La muerte del presidente" que se proyectó fue nada menos que la reciente película de Jerzy Kawalerowicz, premiada en el Festival de Berlín de 1977 (2). Una sorpresa de este calibre bien hubiera merecido una promoción mayor. No sólo "La muerte del presidente" es una obra maestra, sino un título cuya significa-

ción política tiene en algunos aspectos cierto paralelismo con la situación actual española. Kawalerowicz analiza en su película la dificultad o la imposibilidad de la democracia burguesa en un ambiente controlado por el fanatismo y los intereses de la recalcitrante derecha.

El primer presidente elegido democráticamente por la Asamblea Nacional polaca (en diciembre de 1922) constituía la esperanza democrática de ordenar un país que había sido colonizado durante ciento cincuenta años y en el que se daban cita distintas y enfrentadas posturas políticas derivadas muchas de ellas de la diferencia étnica de sus habitantes. Sin embargo, ese liberal y respetuoso primer presidente fue asesinado a los siete días de su elección sin haber tenido tiempo de iniciar el proceso pacificador que Polonia necesitaba.

En la crónica de esos días Kawalerowicz plantea, por

un lado, la minuciosa cronología histórica de los principales acontecimientos y, por otro, una sutil reflexión sobre la sinrazón fascista y asesina que determina todo el proceso histórico sufrido por aquel país hasta, por lo menos, la invasión nazi de septiembre de 1939. Años después, la burocracia stalinista volvería a colocar a la nación polaca en una situación de dependencia de la que el cine viene dando cuenta aún en nuestros días; sólo hay que recordar las películas de ese otro extraordinario director polaco, Andrejz Wajda, cuyos títulos no consiguen siempre la aprobación de los ejecutivos de turno. ("El hombre de mármol", film denunciador del oscurantismo stalinista, realizado en 1976, fue prohibido en Polonia y controlada escrupulosamente su exhibición internacional.)

Jerzy Kawalerowicz pertenece a la misma generación de Wajda —la llamada "tercera generación"—, aunque

su cine no adquiere el irritable aire militante del director de "La tierra de la gran promesa". Por el contrario, el trabajo de Kawalerowicz quiere insistir más en el documento histórico, en la reflexión desapasionada y objetiva, dentro de la más lúcida perspectiva marxista. "Madre Juana de los Angeles" y "Faraón", por citar sus dos películas proyectadas en España (3), daban cuenta de ese espíritu científico y riguroso con el que el director de "La muerte del presidente" aborda su trabajo.

La importancia de esta película y su oportuna proyección en "La Clave" (aunque no respondiera con exactitud al coloquio habitual en este programa, que versaba en esta ocasión sobre el "abogado del pueblo", encargado

(3) De cualquier forma, Kawalerowicz no ha tenido suerte en España. "Faraón" fue exageradamente masacrada por la censura franquista y "Madre Juana de los Angeles" se estrenó con más de quince años de retraso.

(1) "La muerte de un presidente", film hispano-italiano dirigido por Tonino Valeri ambientado en Texas en 1880, en el que se hacía una burda trasposición del asesinato del Presidente Kennedy.

(2) Crónica en TRIUNFO (número 789, marzo 1978).

Los fotogramas del film de Jerzy Kawalerowicz: el asesino, interpretado por Marek Walczewski, y el presidente, encarnado por el actor Zdzislaw Mrozewski.





El auténtico Gabriel Narutowicz, primer Presidente de la República polaca.

de vigilar el respeto a la Constitución en las democracias europeas) han constituido una auténtica excepción. Mucho más si se tiene en cuenta que la programación cinematográfica en TVE en los últimos tiempos se ha especializado en la divulgación del cine norteamericano y en el aplastamiento inmisericorde del cine español. (Podría, por lo tanto, ser verosímil la proyección del "spaghetti-western" con el que nos trefamos amenazados.)

Esta única proyección de "La muerte del presidente" no debería, sin embargo, agotar sus posibilidades comerciales. Hay que tener en cuenta que el Segundo Programa no abarca todo el territorio del Estado español y que no anda la exhibición española sobrada de películas de interés similar. Por otra parte, un más reposado conocimiento de "La muerte del presidente" podría hacer abandonar a algunos la ingenua esperanza de que el diálogo suprime a quienes no tienen intención alguna de dialogar. Como queda claro en el asesinato del primer presidente polaco, los fascistas saben prescindir fácilmente del parlamentarismo para cambiarlo por las armas.

Gotas nada más

EL documento de la Conferencia Episcopal Española, en el que nuestra Santa Madre Iglesia ha sentado doctrina acerca del divorcio, la píldora, el aborto, las relaciones prematrimoniales y la langosta dos salsas, ha causado sensación en la opinión pública de nuestro país por su carácter realista y avanzado. Hasta tal punto han alarmado las conclu-

siones clericales a amplios sectores de la población que, por mentideros y cenáculos de la Villa y Corte, viene circulando estos días el rumor de que conspicuos representantes de nuestro alto clero habían decidido formar un grupo de trabajo para di-

vilgar el conocido método Ogino de control de la natalidad, ya que se teme que las conclusiones adoptadas, al consagrar de hecho el libertinaje, hicieran insostenible la presión demográfica en la ruda piel de toro.

No podía sospechar este humilde cronista, cuando decidió no ir al obispado, la escena que se representaba a sus ojos en el sótano del edificio, convertido en sala de ensayo para el nuevo grupo musical Ogino's Blues Band, que daba los últimos toques a un motete que, sin duda, va a ser la canción del verano en las corrompidas discotecas de la Costa del Sol.

—Ogino, Ogino..., ¡plaf! —canturreaba, chasqueando los dedos, el viejo sacerdote que me precedía con su traje talar por la oscura escalera, sacudiendo suavemente la artrosis de la cadera. Púsose a un lado de la puerta el buen hermano y, haciendo oscilar la pelvis, me invitó a pasar al sótano. Sobre una tarima púrpura, enmarañada de micrófonos y cables, los preladados, abrazados amorosamente a sus instrumentos, aguardaban instrucciones del director de Ogino's.

—¡Atentos, chicos!

Monseñor Enrique y Tarancón golpea el atril con el báculo, llama al orden a este o aquel distraído, y con voz grave y dulce, persuasiva, exclama roncamente, como uno de esos viejos rockeros que nunca mueren:

—One, two, three!...

La música suena a cosa celestial en este sótano ignorado. El vocalista, un poco feble, para mi gusto, entona:

Ogino, Ogino,
sistema divino...

—Un poco más duro, hermano, que esto no es un bolero, leñe —reconviene Tarancón, mandando con la mano izquierda al trío de obispos que actúa de coro.

Entre los reunidos destacan el obispo Marcelo González (saxo tenor), Temiño (gaita gallega), Guerra Campos (batería y bongó), Yanes (guitarra eléctrica) y Jubany (monjetas amb botifarra). A Iniesta, obispo auxiliar de Madrid, conocido por su amistad con los marxistas, se le ha reservado el

triángulo, que Alberto tañe con cara seria y actitud disciplinada. La batuta, que ha llegado directamente del Vaticano, la esgrime con seguridad y delicadeza mi querido y admirado Tarancón, que ya grabara en sus años mozos infinidad de guarachas con el mismísimo Von Karajan.

—Monseñor —me atrevo a decir en una pausa del ensayo.

—¡Mi querido Antón! —exclama don Vicente, dejando a un lado la batuta y abrazándome efusivamente—. Nunca te perdonaré que nos hayas olvidado, bribonzuelo.

—He estado muy ocupado últimamente... —digo, apagando una colilla con la

punta del zapato y los ojos bajos.

—¡Pero si no vienes por la iglesia desde que te fugaste con el primer cepillo! —protesta, y comienza a liar un cigarro, gordo y apretado, como de cardenal—. ¿Qué se te ofrece, hijo?

—El asunto es que me han encargado que le haga unas preguntas acerca del documento de la Conferencia Episcopal. Muchos de nuestros ciudadanos quieren saber si puede usted confirmarme, personalmente, la decisión adoptada por la Iglesia española en lo que se refiere a la píldora.

—No me hables de píldoras —dice monseñor, echándose el báculo a la cabeza—, que, fuera de las del doctor Andréu, todas son pecado.

—¿Y el aborto?

—Un asesinato institucionalizado. Por lo demás, si los ingleses, o los suecos, quieren condenarse, practicándolo, allá ellos.

—¿Qué opina nuestra Iglesia del divorcio?

—Yo me permitiría recomendar a Suárez que no incluyera en sus proyectos de leyes, para atraerse votos fáciles, ninguna fisura por donde pueda colarse esa horrible desdicha.

—No puede imaginarse, monseñor, de qué modo me alegran sus palabras. Hay, sin embargo, un tema especialmente espinoso: el de las relaciones prematrimoniales.

—Como ya se dice en el documento, que ha sido supervisado por la autoridad del Santo Padre, sería muy de desear que los jóvenes no se dejasen llevar por el ambiente de fácil erotismo que ha inundado nuestra sociedad como una braga; digo, plaga. El matrimonio, querido Antón, no es como esos melones que se venden a cala y a cata.

Asombrado por tanta sabiduría y no menor realismo, me despido del príncipe de la Iglesia, que se obstina en acompañarme hasta la puerta. Antes, se vuelve al grupo y dice:

—Empiecen sin mí.

—"Ogino, Ogino..., tesoro divino" —comienza, ahora muy duramente, el vocalista. Y las escobillas de Guerra Campos, en la batería, suenan cosa fantástica. Palabra.

OGINO'S BLUES BAND

ANTON AMARGO